

do de Dios! Ha sido preciso que este santísimo y Supremo Señor disecase mis huesos y los pusiese como los de David, hechos una criba: ha sido preciso que pudriese mis carnes, que quebrantase mi orgullo, y el endurecimiento de mi corazón, que parecía ya un mármol o un bronce. Créelo querido Pedro, no lo dudes, nuestra alma es inmortal y hemos nacido para una felicidad o desgracia eterna. La religión cristiana es verdadera, la única en que el hombre puede salvarse. No dejes, te lo aconsejo como hermano que te ama entrañablemente, no dejes de volver hacia este punto importante tu bellísima razón y tu singular talento; estúdiala, medítala; este negocio merece bien algunas horas de tiempo; no quiere Dios que creamos rápidamente y como máquinas; una recta razón nos conduce a creer. *Racionabile obsequium Deum.*

Esta carta no la muestres a nadie; ella es un testimonio; es la expresión de mis sentimientos de amor y amistad hacia tí: ella contiene lo más útil y precioso que jamás te ha dicho ni podrá decirte tu afectísimo hermano.

Miguel Uribe Restrepo

EL PADRE GOMEZ ANGEL

Discurso pronunciado por D. Tomás Cadavid Restrepo, en el salón de grados de la Universidad de Antioquia.

Sr. Gobernador, señores.

Evoca en este día la Universidad de Antioquia, para justa glorificación, la memoria del clarísimo varón de la ciencia y de la virtud que en la tierra se llamó **José María Gómez Angel**. A este homenaje, tan digno como austero, contribuyen a úna la H. Asamblea Departamental, el Consejo Municipal, las altas autoridades eclesiásticas y civiles, la Sociedad de Mejoras Pubceas y todo Medellín, que sabe cuáles fueron las excelencias del Levita insigne que, a su paso por la vida, dejó hondo recuerdo de admiración y gratitud.

Enarrar la vida del Padre **Gómez Angel**, es trazar una blanca línea de suave y sostenido ascenso; decir la maravilla de un talento impulsado por el bién; contar el milagro de unas manos encallecidas por el trabajo servil,



Pbro. D. José M^l Gómez Angel.

que se ennoblecieron hasta ser dignas de alzar la hostia de propiciación y de repartir bendiciones a las multitudes; es decir la epopeya de un adalid de la democracia, a quien el propio esfuerzo hizo grande; referir cómo ese hombre fué sacerdote ejemplar, maestro ilustre y trabajador incansable por el progreso de la ciudad nativa. ¿Habrán títulos más amables? ¿Se encontrará más verde lauro en la selva sagrada?

Manuel Gómez, fontanero, y Teresa Angel fueron los padres del niño **José María**, que lloró por vez primera hace hoy una centuria. Don Manuel, experto en su oficio, fué en alguna ocasión llamado de Popayán para que allí lo divulgase, y enseñase a los habitantes el modo de construir adobes.

En la escuela lancasteriana de aquellos tiempos hizo los primeros estudios el que no muy tarde sería luminar de la Iglesia colombiana; pasó luego al Colegio Académico; de este platel voló al Seminario de San Fernando, de la blasonada ciudad de Antioquia, donde el Prelado Juan de la Cruz Gómez Plata ponía las bases de prosperidad de este Departamento.

¿Qué alumnos aquellos los del Obispo Gómez Plata!: José Cosme Zuleta y **José María Gómez Angel**, Ministros de Cristo; Pedro Dimas Estrada y Fausto Santamaría, médicos; Juan B. Menéndez, Pedro Justo Berrío, Juan Manuel Sarrazola, Víctor Molina y Juan Esteban Zamarra, juriconsultos. Decid si en tal semillero no germinaron las que no muy tarde llegarían a ser robustas y empinadas encinas.

La clara visión del eximio Obispo y educador conoció en breve las capacidades de **Gómez Angel**, pues le nombró, aún siendo estudiante, profesor de castellano, latín y filosofía. También fué el medellinense Vicerrector del Instituto y dirigió por algún tiempo la escuela pública de la ciudad.

El 13 de mayo de 1847 el Sr. Gómez Plata ungió presbítero a **José María Gómez Angel**. De esta fecha hasta el 22 de marzo de 1896, en que expiró éste, no dió tregua ni a su cuerpo ni a su espíritu; pródiga y rumorosa abeja que libaba en los místicos lirios del altar, en las flores humanas y en los huertos del saber la miel de sus exquisitos panales; del ara al aula iba, de la clase a la mesa de estudio, donde bebía mucho de la ciencia del cielo y mucho de la sabiduría de los hombres; esa diestra

incansable llevaba la cruz y la tiza cuando la izquierda manejaba el teodolito y el compás.

Cuarenta y nueve años, menos pocos días, de orar, enseñar y trabajar.

Sonsón la hidalga supo del celo del apóstol y del educador que revivió el prestigio del Colegio de Santo Tomás; admiró Barbosa al progresista cura que ya predicaba, ya administraba los sacramentos, ora estudiaba, ora construía altares, plazas y fuentes públicas; Concordia, Belén y Fredonia conocieron al Padre amable y caritativo; Támesis le cuenta entre sus fundadores, porque él levantó en 1858 el plano definitivo de la hoy floreciente población.

Medellín, esta noble ciudad, sabe muy bien que **Gómez Angel** le sirvió con amor e inteligencia; que a su Villa dió el preclaro hijo los mejores frutos de su trabajo, cualquiera fuese el puesto que ocupase.

Varios cargos ejerció aquí el distinguido antioqueño; en todos se mostró activo y capaz: sacristán mayor en 1856, Vicerrector y fundador, con Gutiérrez de Lara, del Colegio de San Ildefonso del cual, como lo expresa el docto historiógrafo y galano escritor Julio César García, era rector efectivo; director del Colegio de Jesús, en el cual cooperaban Pedro Justo Berrío, Andrés Posada Arango, Juan José, Víctor y Cándido Molina, lumbreras, del gobierno el primero, de la ciencia el segundo, y de la educación los demás; cura de la ciudad, de 1872 hasta 1885 (1) en que fué nombrado Canónigo, Penitenciario primero, y Magistral después; rector del Seminario, de la Universidad, y profesor de muchas asignaturas en diversos establecimientos de educación. Además hizo parte de la Asamblea Constituyente de Antioquia, concurrió a la Legislatura como Diputado, y en ella fué Senador.

Para darse cuenta de la ilustración del Padre **Gómez Angel**, basta conocer las asignaturas que enseñó: castellano, latín, física, matemáticas, historia eclesiástica, Teología Dogmática y Derecho Canónico. Escribió un texto de gramática, y hemos leído en manuscrito una parte de un curso de religión, y algunos apuntes sobre geografía de Antioquia; en uno y otro tratados se muestran el hom-

(1) El Pbro. Ramírez Urrea dice que en 1883 dejó el P. Gómez de ser cura de la ciudad.

bre diestro en la investigación y el expositor rigurosamente didáctico.

Respecto de la topografía del suelo antioqueño, observa en los apuntes de geografía, que las cordilleras, muy elevadas en el sur, van declinando hacia el norte; así, partiendo de la mesa de Herveo y el páramo del mismo nombre, que están casi al nivel de la nieve eterna, se ve que el valle de Sonsón, aunque elevado, es inferior a aquellas cumbres, pero muy superior a los sitios donde están La Ceja, Rionegro, San Vicente, Concepción y Santo Domingo, los cuales dominan a su vez las explanadas de Yolombó y Cancán, más altos aún que los territorios de Remedios y las vegas del Magdalena. Semejante concepto emite respecto de la depresión en las ramas central y occidental.

“El mismo descenso que existe, dice, en el lomo de las cordilleras, se repite a lo largo de los ríos, particularmente en los que pueden considerarse como principales. En el Nare, la escala de descenso comienza en Pantanillo, temperamento frío, y se continúa sin interrupción pasando por el Retiro, Rionegro, Nudillales, Nusito, hasta terminar en las márgenes del Magdalena”.

En la parte histórica que consultámos, el competente profesor acepta y adopta la división de aborígenes antioqueños de Pedro Simón, quien los agrupó en tres grandes familias: catíos, nutabes y tahamíes.

Esta clasificación, aunque generalmente recibida, ha tenido sus impugnadores: don Tulio Ospina, sagaz investigador, la motejó de absurda pues, según él, la población indígena de Antioquia era una mezcla de las dos razas que en época remota vinieron a la América; la una al norte del Continente y era colonia que constaba de asiáticos primitivos, en la cual predominaban los tipos turco y judío, y la otra, que desembarcó en la América del Sur, traída quizás por las corrientes y los vientos, y procedía de la misma casta que pobló la China y el Japón. La fusión de estos grupos dió origen, afirma el ilustre historiador Ospina, “a otra raza, rechoncha, pequeña, prógnata, de cráneo braquiocéfalo, (2) la cara redonda, nariz chata y ojos oblicuos”.

“En tiempo de la conquista, continúa, se hallaban

(2) La Academia dice braquicéfalo; esto es lo correcto. T. C. R.

aquí representadas, en tribus diversas, ambas razas y el fruto natural de su cruzamiento”.

No juzgamos que el insigne sacerdote a quien se enaltece en estos instantes hubiera sido un cultor apasionado de la historia; muy atrasadas andaban entonces tan bellas disciplinas, las que quizás no estaban muy acordes con su temperamento genuinamente matemático.

Sostenía además el Padre **Gómez** que los aborígenes antioqueños pertenecían a la gran familia de los caribes, los cuales vinieron de las Antillas

Lo relativo a la familia caribe, como todo lo que se relaciona con nuestra prehistoria, es oscuro en demasía.

Daby de Thiersant pensaba que no había existido en América sino la raza caribe, la cual era la misma que los griegos y romanos llamaron escita y que era de origen turanio; quiénes opinan que invadió este territorio por el norte; quiénes por las bocas del Magdalena y del Orinoco.

Hermosamente dice don Miguel Triana, al hablar de las tribus que entraron en el País por el río que es hoy nuestra única arteria comercial:

¡“Cómo se apellidaban entre sí y qué idiomas hablaban estas tribus que, después de errar a la ventura río arriba, iban tomando posesión de las faldas de las cordilleras que enmarcan el valle? Agataes quisieron llamar los españoles a esta parcialidad que subía hasta Vélez; así como llamaron Muzos a la que entró por el río Minero, a apropiarse de los yacimientos de esmeraldas de Furatena; Colimas a la que entró por el Río Negro; Panches a la que, más arriba, subió por las cañadas que forman el río Bogotá, y Pijaos a la que siguió subiendo hacia Neiva por el alto valle del Magdalena. Pero todas estas parcialidades, aunque sufrieron la consiguiente diferenciación del medio, conservaron características comunes, por las que los conquistadores españoles les dieron el calificativo general de Caribes, sin averiguar sus procedencias”.

Sacerdote-ciudadano puede llamarse con razón al Padre **José María Gómez Angel**; su acendrado amor por un progreso integral le destaca de manera eminente, no sólo en esta Montaña, sino en cuanto hay de Cartagena a Pasto; del Caribe al Océano de Balboa.

El recuento de los merecimientos de este Ministro de

Dios, trae a la mente el nombre del presbítero Francisco Romero, a cuyos esfuerzos debe Salazar de las Palmas el auge a que ha llegado, y todo el viejo Santander le es deudor de inmensa gratitud por su labor civilizadora. De él dice su biógrafo, el doctor Vicente Parra R., citado por Diego Mendoza que 'moralizó evangelizando los pueblos que tuvo a su cuidado, fomentó la Instrucción Pública primaria y secundaria, y dió también principio a la fundación de las extensas plantaciones de café que tanta riqueza trajeron al laborioso y sobrio pueblo santandereano'.

"Sal de la tierra y luz del mundo" deben ser los sacerdotes, según la palabra divina; eso fué el eclesiástico cuyo centenario celebramos. Así lo reconoció esta sociedad, cuando el Padre **Gómez Angel** cayó en la tumba.

Oíd algunos de los considerandos del Decreto número 137, con que el Gobernador Bonifacio Vélez lamentó su desaparición:

"Que el señor presbítero doctor **Gómez Angel** se distinguió por sus talentos sobresalientes, vasta ilustración, laboriosidad, conducta arreglada, amor a la verdad y al orden, por todo lo cual ha sido generalmente considerado como una de las más eminentes personalidades del Departamento de Antioquia;

Que este ilustre Ministro de la Iglesia se consagró desde temprana edad a la predicación evangélica, tarea en la cual se señaló por su notable elocuencia e infatigable celo apostólico;

Que como hombre de notoria actividad y espíritu público prestó inapreciables servicios a la sociedad, ya como Rector y Profesor de la Universidad de Antioquia y del Seminario Diocesano, ya como fundador y Catedrático de varios Establecimientos privados de educación".

Bien compleja es la personalidad del Presbítero **José María Gómez Angel**. Al estudiarlo de lejos aparece como un varón completo, en el cual las diversas y brillantes facultades se movían en perfecto equilibrio: maestro por vocación, su esfuerzo fué intenso y benéfico; si no era un técnico en la pedagogía, poseía intuición intelectual y moral para el magisterio; como experto director espiritual conocía el alma humana y sabía cuáles eran

las flaquezas sociales y cómo podía el educador formar corazones para el bien y cerebros para la verdad. El cariño de sus discípulos pregona a los cuatro puntos cardinales la eficacia educativa de nuestro egregio conterráneo.

Orador fué en grado máximo: su palabra fácil, atractiva, plena de santa unción, guiada por el razonamiento sencillo y macizo, caló en la conciencia de las multitudes; enseñaba sin esfuerzo y corregía sin herir; sin la frase espléndida del Illmo. Joaquín Guillermo González ni el porte pomposo del doctor José Cosme Zuleta, era en cambio más convincente y oportuno; su oratoria participaba más de Bourdaloue que de Flechier y Massillon.

Existen aún en Medellín quiénes recuerdan el éxito feliz de cuatro memorables oraciones del Padre **Gómez Angel**: el discurso de instalación del célebre Colegio de la Unión; la oración gratulatoria en el segundo centenario de la erección de esta Villa y las fúnebres de Pedro Justo Berrío y Pedro Dimas Estrada. Con justicia se le reputó como uno de los mejores oradores de Antioquia en el siglo pasado.

El discurso que el Padre **Gómez Angel** pronunció conmovido ante los despojos de su ilustre amigo Pedro Justo Berrío es una pieza, aunque escrita en pocos momentos, serena y elevada, de estilo correcto, vigoroso y tierno; la argumentación está hábilmente urdida y esmaltada con los principales hechos de la vida del grande hombre de Estado.

Hé aquí cómo el orador describe, de manera patética, la acción educadora de aquel gobernante:

“Consagrado con entusiasmo a promover la educación de la juventud, organiza la Universidad, regala al Estado la Escuela de Artes y Oficios, establece colegios en los Distritos más populosos, escuelas para niños de ambos sexos hasta en la más remota aldea, trae del extranjero acreditados maestros que trasmitan sus métodos y su ciencia a los jóvenes que han de dedicarse a ser Institutores, y como una prueba incontestable de la excelencia de su Gobierno, protector de las ciencias y de las artes, los edificios destinados a las enseñanzas apenas pueden contener los alumnos que a ellos concurren: como no hay pueblo adonde no haya llegado la savia vi-

tal del Gobierno; como no hay familia que no haya medrado bajo su benéfica influencia, no hay padre que no pueda disponer de algunos recursos para educar sus hijos. La guerra de 1860 en su corriente destructora, como la lava de un volcán, no dejó en pos de sí más que ruinas y desolación. Hasta la lámpara del Santuario se apagó, el Episcopado católico fué perseguido hasta la muerte, el sacerdocio fiel huyó despavorido a las soledades o a las selvas; los templos se cerraron, sus rentas fueron saqueadas, y en sus recintos silenciosos se suspendieron las fervorosas oraciones de los creyentes y las pompas del verdadero culto”.

Vivo cuadro éste que pinta maravillosamente a un hombre y a su época.

En verdad, a un sacerdote como **Gómez Angel** le era fácil hablar de un Pedro Justo Berrío; la ocasión no pedía al panegirista habilidades para salir airoso en ciertos puntos, como suele suceder en casos semejantes.

Un elevado título realza los merecimientos del personaje de quien hablamos, sus vastos conocimientos en arquitectura: considerar que en aquellos tiempos en que nuestro Departamento estaba casi aislado del exterior; en que el buen gusto para las construcciones, casi no existía, porque los únicos y pocos modelos eran los españoles, cuya arquitectura, aunque sólida, carecía de unidad y gracia; pensar que en este rincón andino, hubo un Sacerdote que fuera capaz de edificar cúpulas y torres, como las de la vieja catedral, que rompieran la tradición y exhibieran ante el pasmo de los habitantes la clásica severidad del estilo grégo-romano; (1) hé aquí un hecho que honra toda una existencia. Antes que Carré, Duque y Olarte, el Padre **Gómez Angel** impulsó con clarividencia admirable la técnica arquitectónica. Con razón, la Sociedad que es vestal de la gloria y de la estética entre nosotros, enaltece a quien en este punto, tuvo el valor de anticiparse a su época en más de treinta años.

El amor al trabajo, la constante energía, la vivacidad de la inteligencia, la sencillez en el trato común, el aire

(1) D. Erasmo Rodríguez nos afirma que su padre Antonio María fué quien construyó la cúpula de la catedral que está en el parque de Berrío; también nos dice que el plano de las torres es obra suya y que dirigió la obra el Presbítero Gómez Angel. T. C. R.

campechano que le distinguía y aquella lógica natural que gastaba, aun en los más apurados trances y en las más solemnes ocasiones, hacen del Padre **Gómez Angel** el tipo del antioqueño puro.

Por las callejuelas de la Villa iba el buen ciudadano, placentero y jovial, repartiendo saludos y chistes a cuantos hallaba a su paso; con una broma intencionada e inteligente resolvía un problema abstruso de moral o de política; jamás renegó de las usanzas de antaño; conservó las normas antiguas, tál que no quiso usar la aristocrática capa romana ni el elegante sobretodo; sólo abandonó su manteo cuando la muerte se lo trocó por el sudario. Había en él aquella dualidad que caracteriza a los hombres que nacen y se desarrollan en una edad de transición y que los hace muy interesantes; tienen algo o mucho de lo pasado; mucho o poco de lo presente.

Conocedor de su propio valer, tuvo la franqueza de decirlo y de aprovecharlo para el bién común; como dice Marco Aurelio, es más temible la falsa modestia que el orgullo mismo. El cristiano debe confesar sus cualidades pero atribuírlas al que es Causa de las causas.

En clase, ante un punto arduo de matemáticas, cuando los estudiantes no columbraban la solución, el modesto profesor se levantaba de la mesa y tomaba la tiza diciendo: “aquí, hijos míos, sé yo más que el libro”. Enemigo de títulos, confiaba más en la inteligencia y en el estudio que en los diplomas con que muchos velan la ineptitud; por eso solía exclamar: “más vale saber que ser doctor”. Hemos oído referir que Miguel Antonio Caro rechazaba airado el epíteto de doctor.

El Padre **Gómez Angel** perteneció a la época áurea de la fe sencilla, de las costumbres patriarcales, cuando nuestros antepasados podían aseverar con Sancho Panza, ser cristianos viejos y honrados; entonces la inocente alegría embargaba los ánimos cuando se llegaban las solemnes fiestas de la Candelaria con las inevitables carreras de caballos, con los toros y los ideales cohetes de luces; viejos, jóvenes, mujeres y niños corrían desalados e inundaban las calles de la Alameda y la Plaza principal por concurrir a la fiesta religiosa, para ver la **maroma**, o los bailes que se daban en las casas de los principales ricos, donde el vals, las vueltas, la contradanza española, el

fandanguillo y la **guavina** constituían el embeleso de todos.

¡Cuán dulce es conversar con los días idos o verlos representados en las cabezas albas de esos ancianos que, oprimidos y trabajados por el tiempo y los dolores, son un guión que une lo que fué con lo que es! Esos viejecitos, cien veces venerables, son una lección viva de prudencia y un compendio de la sabiduría de la vida. Grato es en todas horas recitar con nuestro Virgilio:

Esos recuerdos con olor de helecho
Son el idilio de la edad primera,
Son la planta parásita del hombre
Que, aunque seco el árbol, su verdor conservan.

Las sociedades que no han salido de la infancia rinden preferente tributo a los caudillos militares y políticos; los arreos de la guerra deslumbran a los pueblos niños; mas, cuando viene la madurez, se confiere la mejor corona a los hombres de ciencia, a los zapadores del progreso, a los varones de virtud.

Antioquia entra ya en los momentos de reflexión; por eso nos inclinamos ante la sombra de quienes dejaron tras sí la suave estela de las ideas.

Públicos y entusiastas parabienes merecen los que han arrebatado al olvido los gloriosos nombres de quienes han regido esta Universidad. La reparación se inicia y ella será magnífica.

Preclaros hombres desfilaron, desfilan y desfilarán por estos claustros venerables; ya vendrá la hora en que la justicia señale a cada sembrador de ideas la digna hornacina para que en blanca fila se alcen, en lujoso salón, las efigies de cuantos propendieron por el adelanto de este centro querido: que tornen a nosotros el Padre La Serna, abnegado religioso, y Miguel Uribe Restrepo, vehemente orador y sublime loco, cuya razón quebró ante la olímpica y ensangrentada cabeza de Camilo de Torres; aquí vivirán unidos en la historia José M. Uribe Mondragón y el doctor Estanislao Gómez, beneméritos en grado máximo; acá el doctor José M. Botero, campeón de la fe, y su implacable acusador doctor Manuel Tiberio Gómez; allí Mariano Ospina Rodríguez, el sabio, compartirá la gloria del muro con el matemático José M. Facio Lince; acullá Nicolás Florencio Villa y Jorge Juan Hoyos esta-

rán junto a Pedro Justo Berrío y Román de Hoyos; en aqueste sitio el patricio Pedro Antonio Restrepo Escobar quedará frontero a su hijo Carlos, quien dió honra a este recinto y se ciñó dignamenté en el pecho la banda tricolor; que vengan, traídos por la justicia, Ramón Martínez Benítez, magistrado ejemplar y Alvaro Restrepo y Euse, historiador; que lleguen los insignes José Cosme Zuleta, Tomás Herrán, ilustre y gentil organizador de la escuela antioqueña, con Tomás Bernal, Ricardo Escobar Ramos y Marceliano Vélez, egregios como ninguno.

Allí, ¡oh buen Padre **Gómez!**, en lugar eminente te erguirás también tú, flor del pueblo, guardián de la fe, maestro de generaciones, orador elocuente y ciudadano insigne.

Que tu noble espíritu se cierna en esta Universidad; que tu gloria sea oriente e imán de la democracia; que los humildes sepan que sólo el trabajo y la virtud dignifican; que los antioqueños aprendan de ti a ser buenos, como tú lo fuiste y a luchar como tú luchaste

FUENTES

- De Nuestra Alma Universidad. Julio César García.
 Universidad de Antioquia. Emilio Robledo.
 Apuntes para la Historia del Clero y Persecución Religiosa, 1877. Ulpiano Ramírez Urrea, Pbro.
 Apuntaciones sobre I. Pública. Diego Mendoza.
 Civilización Chibcha. Miguel Triana.
Repertorio Histórico, número 1º
Repertorio Oficial, números 2,508 y 2,509.
 Apuntes para la Historia del Teatro de Medellín y Vejees. Eladio Gónima Ll.

¡AVE MARIA!

TRADICIONES

(Continuación).

Después de esto, Caragabí se reunió de nuevo a los derribadores del jenené, viendo al fin coronados sus esfuerzos. El árbol cayó, pero no del todo. El copo se quedó enredado en unos bejucos, y el agua no se vería hasta que cayese del todo. Caragabí mandó varios animales a ensayarse, para ver cuál podría desenre-